

15. EL COLAPSO DEL KOSMOS

P: Ciertamente, el mundo moderno y el mundo postmoderno se mueven dentro del marco de referencia descendente. Pero ¿por qué?

KW: Porque ése fue el primer obstáculo erigido por la dialéctica del progreso cuando el vehículo de la evolución entró en el mundo moderno, un obstáculo con el que tropezó, derrapando y volcando todo su contenido sobre la superficie de la carretera. A partir de ese momento, la diferenciación del Gran Tres -conciencia, cultura y naturaleza- derivó hacia la disociación del Gran Tres y su posterior colapso en el mundo chato del Gran Uno.

La evolución dispone de sus propios mecanismos de corrección y continuamente rectifica su trayectoria. Como ocurre en el caso de la bolsa, por ejemplo, existe una tendencia general e indiscutible al alza, lo cual, no obstante, no significa que a corto plazo no tengan lugar períodos de intensa fluctuación (períodos de expansión y períodos de recesión). Así, a partir del siglo xix, el valor de ciertas acciones del mercado cultural experimentó una caída desconocida hasta entonces, una caída de la que desde hace poco estamos empezando a salir.

P: Dando lugar a un reduccionismo desconocido en otras culturas.

KW: Así es. Las culturas premodernas no reconocen las buenas ni las malas noticias de esta diferenciación, lo cual suele con-

fundir a los críticos. Porque el hecho de que otras culturas no hayan llegado a diferenciar el Gran Tres les impide caer en el reduccionismo y el colapso del que estamos hablando. Y fue precisamente el extraordinario avance que supuso la diferenciación del Gran Tres el que posibilitó ese desastre. Entonces fue cuando la *dignidad* de la modernidad comenzó a convertirse en el *desastre* de la modernidad -la fragmentación del mundo en tres dominios separados, el yo, la moral y la ciencia, que no buscaban la integración sino el dominio sobre los demás-, un desastre en el que todavía se encuentra atrapado el mundo moderno y postmoderno.

Así fue como ese gran salto evolutivo hacia adelante experimentó su primer contratiempo y la dialéctica del progreso terminó manchando de sangre la flamante alfombra de la modernidad.

El esplendor de la modernidad

P: Veamos, en primer lugar, las buenas nuevas que trajo consigo la modernidad.

KW: Bien. Y éste es un punto especialmente importante, porque la tendencia antimoderna de centrar la atención en las malas noticias tiende a hacernos olvidar totalmente de las buenas.

Recordemos que las visiones mágica y mítica del mundo no son postconvencionales. Sólo con la aparición de la razón y de la ética mundicéntrica asistimos al surgimiento de los modernos movimientos de liberación que propiciaron la abolición de la esclavitud y la liberación de la mujer y de los intocables. Ya no se trataba de reclamar lo que es bueno para mí, para mi tribu, mi raza, mi mitología o mi religión, sino lo que es bueno y adecuado para todos los seres humanos, independientemente de su raza, su sexo, su casta o su credo.

Así fue como, en apenas un siglo -desde 1788 hasta 1888-, la esclavitud fue proscrita y erradicada de todas las sociedades racional-industriales del planeta. Tengamos en cuenta que para la éti-

ca preconvencional/egocéntrica y para la ética convencionalietnocéntrica, la esclavitud es perfectamente aceptable porque, desde ambas perspectivas, la dignidad y el valor *no* se aplican por igual a todos los seres humanos sino tan sólo a los miembros de nuestra tribu, de nuestra raza, o a quienes crean en nuestros dioses preferidos. Desde una perspectiva postconvencional, en cambio, la esclavitud es una actitud errónea y completamente inadmisible.

Por primera vez en la historia, un tipo de sociedad había conseguido erradicar la esclavitud! Es cierto que anteriormente hubo algunas sociedades no esclavistas pero, como bien documenta Gerhard Lenski, hasta el surgimiento de la industrialización y la razón, no existió ningún *tipo* de sociedad que fuera completamente ajena a ella.

Y esto ocurrió tanto en Oriente como en Occidente, tanto en el Norte como en el Sur, porque tanto los blancos como los negros, los amarillos y los cobrizos esclavizaban a sus semejantes, fueran hombres o mujeres, sin el menor remordimiento de conciencia. Es cierto que, en algunas sociedades, como las primitivas sociedades recolectoras, por ejemplo, la esclavitud era menos patente pero, aun así, en modo alguno podemos afirmar que se hallaran completamente ajenos a ella porque, de hecho, fueron sus inventores.

Desde este punto de vista, una de las pesadillas sociales que atormentan a Estados Unidos se remonta al origen mismo de este país, creado durante la gran transición que condujo de una sociedad esclavista agraria a una sociedad industrial no esclavista. De hecho, la misma Constitución es un documento fundamentalmente agrario, un documento en el que las mujeres no son consideradas como ciudadanos y en el que la esclavitud se da tan por sentada que ni siquiera se menciona. Pero, cuando el centro de gravedad cultural pasó de lo mítico-agrario a lo racional-industrial, la esclavitud fue abolida, aunque todavía sigamos, no obstante, conservando sus cicatrices.

P: Y, en ese mismo instante, las mujeres también fueron, por así decirlo, «liberadas».

KW: Así es, y por ese motivo podemos advertir el surgimiento, a gran escala, del feminismo y del movimiento de liberación de la mujer, en una fecha que se remonta, como ya hemos visto, a la época de Wollstonecraft (1793), la misma época en la que aparecieron muchos otros movimientos de liberación.

Esta fue también una de las consecuencias del proceso de racional-industrialización, y debe ser considerada como uno de los grandes avances de la modernidad. En la época previa a la diferenciación del Gran Tres (cuando la noosfera y la biosfera permanecían todavía indisociadas), los determinantes *biológicos* (como la fortaleza física masculina, por ejemplo) eran también los determinantes *culturales*. Es por ello que fortaleza física masculina se asimilaba al poder cultural masculino. En las épocas en las que la producción no exigía tanta fortaleza física -como en el período hortícola, por ejemplo-, las mujeres corrieron otra suerte y las sociedades eran mucho más «igualitarias» (aunque en las épocas en las que se requería del esfuerzo físico, las mujeres quedaban nuevamente relegadas a un segundo plano).

Con la diferenciación entre el yo, la cultura y la naturaleza (con la diferenciación del Gran Tres), los determinantes biológicos pasaron a ser irrelevantes. A partir de ese momento, la biología dejó de determinar el destino. En la biosfera, el pez grande se come al chico y no fue posible alcanzar la igualdad de derechos, pero tal vez fuera posible realizar ese sueño en la noosfera. Y fue precisamente en ese momento histórico -y no antes- cuando apareció el feminismo liberal proclamando su nueva y emergente verdad, una verdad que se arraigaba en la profundidad postconvencional y la racionalidad mundicéntrica: «En la noosfera las mujeres merecen igualdad de derechos».

P: El mismo impulso que originó todos los movimientos democráticos.

KW: Así es, se trata, esencialmente, del mismo fenómeno. A diferencia de lo que opinan los retrorrománticos, la visión mitológica del mundo está completamente inmersa en jerarquías de dominio. El dios mítico no es postconvencional y mundicéntrico,

sino sociocéntrico y etnocéntrico, es el dios de un pueblo *concreto* o, en el mejor de los casos, el dios de todos los pueblos... que le rindan pleitesía, un dios «mundicéntrico» por *conversión forzosa* y, en caso de que sea necesario, por *conquista militar* (como evidenciaron claramente los grandes imperios míticos de los aztecas, los incas, los romanos, los khans y Ramsés). Este tipo de jerarquías de dominio suelen tener una sola cabeza -llamada Papa, Rey, Cleopatra o Khan-, una cabeza que se halla en la cúspide y bajo la cual se despliegan diversos niveles de servidumbre. Todas esas sociedades guerrearon en nombre de su dios o de su diosa mítica predilecto, el dios ante el cual debían posttrarse todos los seres humanos.

En consecuencia, la Edad de la Razón fue también la Edad de la Revolución en contra de las grandes jerarquías de dominio, una revolución no sólo teórica sino también práctica, política. Una de las grandes consignas de la Ilustración fue «¡No más mitos!», porque los mitos precisamente habían dividido y enfrentado etnocéntricamente a los pueblos, llevándoles a perpetrar todo tipo de crueldades sobre los no creyentes en nombre de su dios preferido.

Por ello el apasionado grito de Voltaire «¡Recordad las crueldades!» - se propagó rápidamente por todo el continente. Recordad las crueldades infligidas sobre el pueblo en nombre del dios mítico; recordad a los cientos de miles de personas abrasadas en la hoguera bajo el pretexto de salvar sus almas; recordad a la Inquisición, grabando a fuego sus dogmas en la carne de las torturadas víctimas; recordad las desigualdades políticas que acompañaron a todas las jerarquías míticas; recordad las brutalidades que han aplastado a tantas almas en nombre de la compasión.

Desde una postura postconvencional, en cambio, todas las personas, sin distinción de raza, sexo, credo, creencias, mitos o dios, son merecedoras de las mismas oportunidades. Y, aunque nadie llegara realmente a actualizarlo, este ideal postconvencional o mundicéntrico nació bajo los auspicios de la modernidad. A partir de entonces, miles y miles de hombres y mujeres han lu-

chado y han muerto por la idea democrática de la tolerancia mundicéntrica y el pluralismo universal, bajo el lema «Podré estar en desacuerdo con lo que dices pero defenderé hasta la muerte tu derecho a decirlo».

Y todo esto era, en cierto modo, radicalmente nuevo, porque la estructura agraria *no podía soportar* la emancipación de los esclavos. Recordemos que la «democracia» de la Grecia clásica carecía de este universalismo y que, en ella, una de cada tres personas era un esclavo y lo mismo ocurría, prácticamente, con las mujeres y los niños. Como sucedía en todas las ciudades-estado, la ciudad de Atenas tenía sus propios dioses y diosas míticas, en nombre de los cuales condenó a Sócrates «por ser culpable de negarse a reconocer a los dioses del Estado... y el castigo que merece es la muerte».

Y cuando se le preguntó, como era habitual, que sugiriera un castigo alternativo, él propuso nada menos que ser alimentado por el Estado.

Sócrates, en suma, eligió la razón sobre el mito y por ello fue condenado a beber la cicuta. Mil quinientos años más tarde el mundo dio un vuelco, la polis obligó a los dioses a beber la cicuta y de la muerte de esos dioses surgieron las modernas democracias.

La miseria de la modernidad

P: Y supongo que una de las buenas noticias es el desarrollo de la ciencia.

KW: Sí. La diferenciación del Gran Tres eliminó las trabas impuestas por los dogmatismos míticos que obstaculizaban el progreso de la ciencia empírica. Fue entonces cuando emergió, por primera vez a gran escala, la ciencia empírica (es decir, la *racionalidad* ligada a la observación *empírica* que se basaba en un procedimiento hipotético-deductivo).

Yo no tengo la menor queja de la ciencia empírica... pero no

ocurre lo mismo con el cientifismo, porque fue precisamente con él cuando comenzamos a advertir las malas noticias que acompañaron a la modernidad, *su fracaso en integrar el Gran Tres*. Liberadas de la indisociación mágica y mítica, la conciencia, la moral y la ciencia comenzaron a proclamar sus verdades, su poder y su forma peculiar de abordar el Kosmos.

A finales del siglo xviii, el vertiginoso avance de la ciencia comenzó a desproporcionar las cosas y los progresos conseguidos en el dominio del «ello» llegaron a eclipsar y terminaron *negando* los valores y las verdades propias de los dominios del «yo» y del «nosotros». Fue entonces cuando el Gran Tres se colapsó en el Gran Uno y la ciencia empírica terminó arrojándose la facultad de pronunciarse sobre la realidad última. En ese momento la ciencia se convirtió en cientifismo, yendo más allá de sus dominios y comenzando a negar incluso la existencia misma de cualquier otro tipo de verdades diferentes a la suya!

Como ya he dicho, en el siglo xviii las dimensiones de la Mano Izquierda comenzaron a verse reducidas a sus correlatos empíricos de la Mano Derecha. ¡A partir de entonces, lo único «realmente real» fueron «ellos» objetivos poseedores de localización simple! Todas las dimensiones interiores -en cualquiera de los holones ¡humanos o no humanos!- se vieron destripadas y el Espíritu de la máquina comenzó a emitir el triste y solitario lamento que caracteriza a la modernidad, un gemido tan monótono que ni siquiera llama nuestra atención.

Cuando lo único realmente real son «ellos» objetivos poseedores de localización simple, la mente misma se convierte en una *tabula* completamente *rasa* que debe ser llenada con *imágenes* o representaciones de la única realidad existente, la naturaleza objetiva y sensorial. Entonces el *Espíritu* y la *mente* desaparecen y sólo existe la *naturaleza* empírica. En consecuencia, tampoco existe la supraconciencia y la autoconciencia sino tan sólo procesos inconscientes insertos en un vasto sistema de «ellos» interrelacionados. De este modo, la Gran Holoarquía terminó desplomándose como un castillo de naipes barrido por el viento

quedando sólo en pie *la red de la naturaleza poseedora de localización simple*.

Bienvenida, pues, la modernidad, bienvenido el mundo exclusivamente descendente. La única verdad que merece la pena conocer es la verdad de los «ellos», la verdad de la mononaturalidad, la verdad de los procesos objetivos y empíricos que no requiere de ningún tipo de ascenso. Bienvenido, pues, el chato marco de referencia del mundo descendente, el mundo de los trogloditas, un mundo esencialmente hueco.

La racionalidad instrumental: Un mundo de «ellos»

P: Éste parece ser el quid de la cuestión. ¿Cómo, o por qué, la ciencia aplastó los otros dominios?

KW: Los extraordinarios logros alcanzados por la ciencia empírica -por Galileo, Kepler, Newton, Harvey, Kelvin, Clausius y Carnot, entre otros- sólo podían equipararse a las extraordinarias transformaciones provocadas por la industrialización. *Ambos eran dominios del «ello»* que se alimentaban mutuamente en una especie de círculo vicioso que dejaba completamente ajena a cualquier otra cosa. Dicho en otras palabras, el dominio del «ello» contaba ahora con dos poderosas fuerzas, los logros de la ciencia empírica y el poder de la industrialización.

La base tecnoeconómica de una sociedad (el cuadrante inferior derecho) impone las *formas concretas* en las que se mueve y *puede* moverse una determinada cultura. No estoy diciendo que esta base determine la superestructura cultural en un sentido marxista fuerte, pero lo cierto es que sí que impone los límites y la libertad de movimientos de una determinada cultura (es prácticamente imposible, por ejemplo, abolir la esclavitud y reivindicar con éxito los derechos de las mujeres en una sociedad esencialmente agraria).

Ahora bien, la base industrial constituye también el fundamento de la *productividad instrumental*. Por cierto que también

lo eran el arco, las flechas, la azada y el arado. En este sentido, el motor y la máquina no son más que el simple desarrollo de la capacidad productiva, una capacidad cuyos orígenes se remontan a la primera piedra utilizada como arma y al primer palo utilizado como lanza. La industrialización, pues, no supuso una ruptura radical con el pasado, puesto que los hombres y las mujeres de todos los tiempos y de todos los lugares se las habían arreglado para satisfacer sus necesidades fundamentales recurriendo a todo tipo de herramientas. Pero con la invención de la máquina de vapor y el motor de combustión interna el desarrollo de este cuadrante fue haciéndose cada vez más complejo y el poder de la máquina, de la base industrial, terminó poniendo en primer plano a la productividad instrumental.

Toda cultura se desarrolla dentro del marco de las posibilidades que le proporciona su fundamento tecnoeconómico y, en este sentido, la industrialización favoreció el desarrollo de una mentalidad productiva, técnica e *instrumental* que *enfaticó desmesuradamente el dominio del «ello»*.

Ahora bien, son muchos los críticos -en la actualidad, la mayoría- que tienden a subrayar los problemas que acompañan a la industrialización, a la que culpan de fomentar la visión mecánica del mundo, de la destrucción de una cultura orgánica, del surgimiento de un mundo analítico y fragmentado, de la falta de cohesión social, de la catástrofe ecológica y del embotamiento de la sensibilidad religiosa.

En mi opinión, sin embargo, todas estas cuestiones son secundarias, lo realmente esencial es la presión ejercida por la base productiva -es decir, el poder de la industrialización unida a los logros de la ciencia empírica- sobre la conciencia para privilegiar el dominio del «ello», para crear un mundo en el que *el «ello» es lo único real*. Todo lo demás, a mi juicio, es secundario y se deriva de este problema.

Fue entonces cuando el dominio del «ello» comenzó a crecer como un cáncer -una jerarquía patológica- que terminó invadiendo, colonizando y sometiendo a los dominios del «yo» y del

«nosotros». De este modo, las decisiones *éticas* de la cultura acabaron rápidamente en manos de la ciencia y de la *técnica*. A partir de entonces, la ciencia debía pronunciarse sobre *todo* y hasta los problemas propios de los dominios del «yo» y del «nosotros» terminaron convirtiéndose en problemas técnicos del dominio de «ello». De este modo la ciencia (teórica y técnica) se arrogó no sólo el derecho exclusivo a resolver todos los problemas sino a decidir incluso qué era un problema, qué era real y qué no lo era.

P: ¿De modo que el problema no radica en que la nueva ciencia fuera analítica y divisiva en lugar de holística y sistémica?

KW: De ningún modo. El problema fue que tanto la ciencia atomística como la ciencia holística se hallaban al servicio del «ello», de modo que ambas contribuyeron al colapso y, en este sentido, los holistas no son ajenos a la pesadilla de la que tan vehementemente culpan a los atomistas.

P: Pero los defensores del «nuevo paradigma» afirman que vivimos en un mundo fracturado por «la vieja ciencia newtoniana» mecanicista, divisiva y atomística, una visión que ha terminado desintegrando a la sociedad, y que, para resolver todas esas divisiones, se requieren las nuevas ciencias holísticas (desde la física cuántica a la teoría de sistemas). Usted, sin embargo, parece insistir, en cambio, en que los holistas son tan culpables de esta situación como los atomistas.

KW: Así es. Cuando la ciencia decretó que su cometido era el único real, también decretó que el dominio del «ello» -el mundo empírico de la naturaleza monológica- era el único mundo real. A fin de cuentas, si los seres humanos constituyen una parte inseparable de la red de la naturaleza también pueden ser conocidos de un modo empírico y objetivo. ¿Quiere usted conciencia? ¡Pues no me *hable* de ello, abra el cráneo y *mire* directamente el cerebro! Una vez más, la misma mirada monológica.

La idea, en suma, de que el cerebro forma parte de la naturaleza -la única realidad-, y de que la conciencia puede ser descubierta mediante el estudio empírico del cerebro, supone una lamentable reducción a las superficies monológicas.

P: ¡Pero el hecho es que el cerebro *forma parte* de la naturaleza!

KW: Así es, el cerebro forma parte de la naturaleza, pero la mente no forma parte del cerebro. La mente, la conciencia, es una dimensión interna cuyo correlato externo es el cerebro objetivo. La mente es un «yo» y el cerebro es un «ello». Por eso, como decíamos anteriormente, el cerebro, al igual que cualquier otro aspecto de la naturaleza empírica, puede ser conocido mediante la mirada monológica, mediante la investigación empírico-analítica, pero sólo es posible acceder a la mente a través de la introspección, la comunicación y la interpretación. Usted tal vez pueda observar el cerebro pero, si lo que desea es conocer la mente, no bastará con la mera observación sino que deberá recurrir a la interpretación.

De modo que, cuando las distintas facetas de los holones se vieron reducidas a la gran red monológica de las superficies empíricas, sus dimensiones interiores también se vieron consecuentemente diezmadas. El interior de las plantas, de las ballenas, de los lobos y de los chimpancés se secaron así bajo la abrasadora luz de la mirada monológica. Todo se convirtió entonces en una mera hebra de la red objetiva, ajena a la vida y a la cultura. Cuando usted reduce el Kosmos a la gran red de la naturaleza empírica, desnaturaliza también el interior de la naturaleza. Entonces lo único que le queda es la naturaleza empírica, la naturaleza monológica, la naturaleza desnaturalizada, el cascarón hueco de un Kosmos colapsado que terminó reduciendo a todos los «yoes» y a todos los «nosotros» en meros «ellos» interrelacionados en la gran red de la localización simple.

Es evidente que la conciencia carece de localización simple y que existe en una dimensión interior que sólo puede compartirse mediante la comunicación sincera y a la que sólo puede accederse a través de la interpretación. Y, puesto que *nada* de esto posee localización simple, jamás será posible capturar esa presa rastreando sus huellas empírico-objetivas.

En el caso de hacerlo así, las únicas holoarquías ontológicas posibles a partir de ese momento se basarán en la extensión *fisi-*

ca, los órdenes de magnitud reemplazarán a los órdenes de significado, y las únicas diferencias que podrá discriminar serán diferencias de tamaño (los átomos forman parte de las moléculas que, a su vez, forman parte de las células que, a su vez, forman parte de los organismos que, a su vez, forma parte de la biosfera...). Ese es el único mapa sistémico holístico posible.

Es entonces cuando usted queda preso de lo que Whitehead denominaba la *falacia de la localización simple*, afirmando que lo que no pueda ser localizado en el espacio físico no es «realmente real». Usted puede localizar a Gaia, entonces existe; usted puede localizar a las células, entonces existen; usted puede localizar al cerebro, entonces existe; usted puede localizar a la biosfera, entonces existe.

Pero, de ese modo, usted jamás podrá *localizar* a la conciencia, los valores, los significados y las morales porque nunca podrá señalarlos con el dedo, no podrá encontrarlos y verlos en ningún punto concreto de la gran red de la naturaleza sensorial. Por ello todas esas entidades terminan convertidas en espíritus errantes en la máquina, patéticas ilusiones del sistema orgánico, meras preferencias personales y simples fantasías subjetivas. En un universo descualificado, en un universo que no puede tocarse con los dedos, las interioridades *no cuentan*.

Lo irónico es que el universo que usted puede tocar con los dedos es un universo sin sentido. Porque, aunque la conciencia, los valores y los significados sean *inherentes* a las *profundidades* del Kosmos, no pueden ser encontrados en el cosmos, es decir, son inherentes a las profundidades de la Mano Izquierda, no a las superficies de la Mano Derecha. Por ello, si usted sólo se interesa por las superficies sensoriales, terminará desterrando del Kosmos al mundo de los valores, la conciencia, el sentido y la profundidad.

Así fue como, por primera vez en la historia, se renunció a la Gran Holoarquía por el simple hecho de que no era posible señalarla con el dedo. Así fue como el Espíritu se suicidó y terminó convirtiéndose en un fantasma.

El paradigma fundamental de la Ilustración

P: ¿Es ése el motivo por el que teóricos como Foucault han atacado con tanta dureza las «ciencias del hombre» que aparecieron en el siglo xvni?

KW: Así es. Foucault resumía perfectamente la locura monológica con una frase rotunda, afirmando que, con ella, los hombres y las mujeres se transformaron en «objetos de información, nunca sujetos de comunicación». Es decir, los seres humanos, al igual que todos los holones, sólo eran estudiados en sus dimensiones objetivas y empíricas y, en consecuencia, fueron reducidos a meros «ellos» en la gran red interconectada, carentes de profundidad, intencionalidad y personalidad. El mundo brutal del técnico de laboratorio, interesado tan sólo en meras lonchas de carne.

De este modo, el cientifismo apareció al mismo tiempo que las denominadas «ciencias del hombre», las ciencias que redujeron a los seres humanos a objetos de información, el llamado «humanismo deshumanizado».

P: ¿Y por qué Foucault la llamó «la Era del Hombre»?

KW: Porque fue entonces cuando se «inventó» al «hombre» como *objeto* de investigación científica y los seres humanos se convirtieron en objetos de la racionalidad monológica, algo que nunca antes había ocurrido (por la sencilla razón de que el Gran Tres nunca se había diferenciado y colapsado anteriormente). En su particular lenguaje, Foucault decía que el «hombre» nunca había existido antes y que fue entonces cuando se inventó. Por ello anhelaba «el fin del hombre» y *El orden de las cosas* concluye con una provocadora metáfora: «Podemos apostar con toda seguridad que el hombre será borrado, como un rostro dibujado en la arena de la orilla del mar».

Ese era el objetivo del postmodernismo, el fin de la objetivación, el fin del humanismo deshumanizante, el fin del «hombre», el fin de la *mera* objetivación de la persona y su transformación en una superficie monológica. El principal objetivo de Foucault consistía en derrocar a ese poder que hoy se conoce con el nom-

bre de conocimiento y que se basa en la reducción de todos los sujetos a objetos en una gran red interrelacionada, la tiranía de la mirada monológica, la ironía de una racionalidad chata.

Si presta atención a lo que nos dicen los principales teóricos y críticos del auge del modernismo -Hegel, Weber, Taylor y Foucault- descubrirá que todos ellos coincidían al caracterizar a la modernidad como un sujeto separado observando un mundo de «ellos» holísticos, cuyo único conocimiento consistía en la representación, el cartografiado empírico y objetivo de un mundo holístico (el paradigma de la representación, el espejo de la naturaleza). De ese modo, los dominios de lo subjetivo y de lo intersubjetivo se vieron *reducidos* a la investigación empírica -el «yo» y el «nosotros» se vieron reducidos a «ellos» interrelacionados- y los seres humanos se convirtieron en «objetos de información, nunca sujetos de comunicación». La reducción del Gran Tres al Gran Uno dio así paso al humanismo deshumanizado y al universo descualificado que todavía sigue gobernando el mundo moderno y postmoderno.

De este modo -en palabras de Marcuse- el mundo, y con él todos sus habitantes, se «unidimensionalizó»; de este modo el paradigma fundamental de la Ilustración terminó dando origen al moderno marco de referencia descendente.

Ni Espíritu ni mente, sino sólo naturaleza

P: ¿Esto es lo que usted quiere decir cuando afirma que un dios fragmentado reemplazó a otro?

KW: Sí. Del ideal casi exclusivamente ascendente que había dominado a la conciencia occidental desde hacía un milenio pasamos al ideal casi exclusivamente descendente que ha seguido dominado a la modernidad y la postmodernidad hasta hoy en día. Desde este punto de vista, no existe ningún Espíritu translógico y ninguna mente dialógica sino sólo la naturaleza monológica, la naturaleza superficial, la mononaturaleza, el mundo de las for-

mas sensoriales y materiales, el «dios» o la «diosa» del mundo moderno y postmoderno.

Y la pobre naturaleza finita, el paisaje mudo y desolado de la naturaleza empírica, ha terminado convirtiéndose en la única realidad. Para unos es el Espíritu, para otros el mero azar; unos la denominan diosa mientras que otros la califican de cruel azar; unos la elevan a los cielos mientras que otros la relegan a la materia inerte, pero, en cualquiera de todos estos casos, la naturaleza finita es la única realidad porque la renuncia al Espíritu auténtico y a la mente genuina sólo deja en pie al mundo de la naturaleza monológica y el ajuste funcional.

El mundo fracturado, dualista y ascendente dio lugar así al igualmente fracturado y dualista mundo descendente. Y el hombre moderno y postmoderno vagabundea perplejo dentro del marco de referencia descendente alejado de su Origen, de su Sustrato y de su Fin, anhelando el retorno de un Dios perdido y escondido del que, no obstante, renegamos apasionadamente, anhelando el retorno de una diosa cuya muerte no supimos reconocer, atrapados entre dos sueños, uno ya desaparecido y que nunca pudimos alcanzar y el otro, prometedor y luminoso, que todavía no ha nacido, atrapados en ese interregno, deambulando perdidos entre los humeantes escombros de la quimera de buscar la salvación infinita en un mundo finito.

La ironía: El talante de la modernidad

P: Buenas noticias y malas noticias.

KW: Sí. Y ésta es la ironía, la implacable ironía de la modernidad. La diferenciación del Gran Tres trajo consigo los grandes avances que hemos señalado -los movimientos de liberación, las democracias, la búsqueda del conocimiento, etcétera- pero, al mismo tiempo, también propició el colapso del Kosmos en el inhóspito yermo de las exterioridades absurdas y las superficies carentes de significado.

Resulta paradójico que la misma razón que liberó la humanidad se halle a punto de destruirla con su deshumanizador reduccionismo. Y toda la modernidad y postmodernidad gravitan en torno a esta *paradoja*. Los postmodernistas llegaron incluso a hacer de la ironía su dios, lo cual resulta muy sorprendente, porque la ironía implica que el objetivo buscado y los resultados conseguidos están completamente desproporcionados, la ironía es un tipo de mentira, por así decirlo, que permite que un falso yo suplante al yo verdadero.

Como han señalado casi todos los estudiosos de este período, la ironía es uno de los rasgos característicos de la modernidad y la postmodernidad. El primer Foucault, por ejemplo, es básicamente un estudio sobre la ironía de la Ilustración. De hecho, la ironía se halla tan arraigada en nuestro mundo -la modernidad es tan irónica- que Kierkegaard hizo de ella su tesis (*El concepto de la ironía*) y llegó a la conclusión de que es el resultado de estar atrapado entre dos visiones del mundo, una ya agonizante y la otra luchando todavía por nacer.

Ya hemos dicho que una de las principales ironías de la modernidad fue que la misma diferenciación del Gran Tres -que permitió el gran paso adelante hacia el logro de una mayor libertad- propició también el colapso en el mundo chato y absurdo de las meras superficies. ¡Una mayor libertad para ser superficial!

P: ¡Qué ironía!

KW: ¿Verdad? La mayor profundidad de la modernidad le permitió también ser más superficial que cualquier otra cultura. La frivolidad y la modernidad nacieron juntas. Aunque la razón tenga más profundidad intrínseca -y, en consecuencia, más Espíritu- que la magia o el mito, las religiones míticas fundamentalistas podrían mirar a la modernidad racional y no ver más que superficialidad y, en ese sentido, estarían en lo cierto: el colapso del Gran Tres y la exaltación de la mera naturaleza empírica no fue más que un proceso de achatamiento y superficialización al que ningún creyente mítico querría someterse.

El colapso de la modernidad: futilidad, frivolidad e ironía. La sociedad más avanzada, la más ilustrada, la más progresiva, pierde el tiempo rebuscando, entre sus cimientos ontológicos, a un dios perdido al que jamás podría aceptar aunque encontrase.

De hecho, la misma profundidad de la modernidad fue la que permitió negar toda profundidad. De ahí en adelante, la conciencia moderna y postmoderna asumió la extenuante misión de negar su propia existencia.

P: De modo que el mundo moderno no tiene Espíritu sino ironía.

KW: Exactamente. La ironía es el aroma que desprende el mundo chato, el talante de la modernidad, el gusto agrídulce de un mundo que no puede decir la verdad sobre la profundidad sustantiva del Kosmos y se ve obligada a querer decir una cosa y decir otra, un mundo, en suma, que no puede comprometerse absolutamente con nada.

La voz del marco de referencia industrial

P: De modo que, en su opinión, la moderna crisis ecológica es uno de los frutos del marco de referencia descendente.

KW: Así es. Cualquiera puede decir que está pensando «globalmente» pero muy pocos, en realidad, se hallan realmente en condiciones de asumir una perspectiva mundicéntrica o postconvencional. Como ya hemos dicho, para vivir *realmente* desde una perspectiva mundicéntrica o universal es necesario haber superado ya cinco o seis estadios fundamentales de transformación y trascendencia.

Pero si ignoramos o menospreciamos las dimensiones de la Mano Izquierda, si dejamos de lado las interioridades y sólo prestamos atención a los mapas objetivos «globales» de Gaia o de los sistemas de la naturaleza, soslayaremos también el único camino real que puede conducirnos a esa actitud global o mundicéntrica, tendremos un objetivo pero ignoraremos el camino que

conduce hasta él, ¿dispondremos de un mapa que reniega de la trascendencia, el único camino real posible!

Y esa torpeza nos lleva directamente al reduccionismo sutil propio del paradigma fundamental de la Ilustración. Como ya hemos dicho, la *racionalización* logró diferenciar al Gran Tres, pero la *industrialización* terminó colapsándolo en el Gran Uno, en la mononaturaleza, en la naturaleza empírica y en la localización simple.

Dicho en otras palabras, el mundo de la mononaturaleza es, de hecho, una *ontología* puramente *industrial*. Tengamos en cuenta que el paradigma del marco de referencia descendente propio de la ontología industrial es la noción de que «la naturaleza empírica es la única realmente real». Es la industrialización la que *sustenta la visión chata del mundo*, la que afirma que el mundo objetivo de la localización simple es la realidad primaria, la que colonizó y sojuzgó a las interioridades y las redujo a la mera vertiente instrumental de la gran red de las superficies observables. Es la misma voz del marco de referencia industrial la que no cesa de machacar que «la naturaleza es la única realidad».

P: Y ése es el motivo por el cual no descubrimos este colapso en otras culturas.

KW: En efecto. En las culturas mágicas la naturaleza es preferenciada y egocéntrica, en las culturas míticas la naturaleza es devaluada en aras de un mundo ultramundano y, en el caso de Plotino o Padmasambhava, por ejemplo, constituye una expresión del Espíritu, una encarnación del Espíritu (que la trasciende y la incluye).

¡Nunca antes la naturaleza diferenciada se había equiparado a la realidad última! ¡Nunca el Espíritu translógico y la mente dialógica se habían visto relegados tan brutalmente a la naturaleza monológica! Es precisamente la aparición de la moderna ontología industrial la que propició la afirmación de que la naturaleza es la última realidad, la afirmación de que la única realidad es la naturaleza.

P: De modo que este concepto de *naturaleza* es un *producto* de la industrialización.

KW: Definitivamente sí. Como decíamos anteriormente, el persistente discurso del marco de referencia industrial es que «la naturaleza es la única realidad».

Desde esa perspectiva sólo existen dos alternativas con respecto al Espíritu, negarlo o afirmar que la naturaleza es el Espíritu. Y eso fue precisamente lo que hicieron respectivamente los filósofos de la Ilustración y la rebelión romántica con su movimiento de regreso a la naturaleza. Pero ambos, sin embargo, se hallaban atrapados dentro del mismo marco de referencia descendente de la mononaturaleza, de la desenfadada ontología industrial.

P: ¿Plotino estaba volviendo a su cueva?

KW: Eso sólo podemos imaginarlo. Permítame insistir en que para Platón o para Plotino -al igual que para Emerson, Eckhart o la princesa Tsogyal- la naturaleza es una *expresión* del Espíritu. De hecho, para Plotino, la mente y la naturaleza son expresiones del Espíritu, que las *trasciende e incluye* en un abrazo integral de Un único Sabor. Y lo mismo ocurre con el budismo, en donde el Dharmakaya del Espíritu da lugar al Sambhogakaya de la mente que, a su vez, termina dando lugar al Nirmanakaya del cuerpo, la forma y la naturaleza.

Pero la ontología industrial, que *sólo* reconocía al Nirmanakaya, a la naturaleza, invadió, colonizó y sojuzgó a todos los otros dominios, provocando el hundimiento del Kosmos en un mundo empírico que *sólo* dejó en pie a la naturaleza.

Únicamente en la aurora de la modernidad descendente pudieron aparecer Marx, Feuerbach o Comte, pero, del mismo modo, únicamente en la aurora de la modernidad pudieron aparecer los románticos y los ecofilósofos. Porque unos y otros, en definitiva, fueron facciones distintas del mismo bando, del mismo mundo chato y buscaban a dios dentro del mundo descendente de la naturaleza sensorial impuesto por el marco de referencia industrial.

P: De manera que el movimiento ecorromántico no es tanto una rebelión contra la industria como un producto de ella.

KW: Así es. Es la ontología industrial la que sostiene la creencia de que la realidad última *es* la naturaleza empírica. Y si bien los ecorrománticos rechazaron a la industria, se mantuvieron, sin embargo, absolutamente fieles a su ontología. Dicho en otras palabras, negaron los problemas superficiales pero abrazaron sus contradicciones más profundas. De este modo -y como a veces ocurre con las víctimas de un secuestro- los prisioneros cautivos de la ontología industrial terminaron enamorándose de sus secuestradores y se convirtieron en sus más fervientes defensores.

La religión de Gaia, la veneración de la naturaleza no es, pues, más que una de las distintas formas que asume la religión industrial, la espiritualidad industrial, y no hace otra cosa más que perpetuar el paradigma industrial.

P: Pero la estructura mágico-recolectora, por ejemplo, adoraba a la naturaleza.

KW: No, no lo hacía porque ni siquiera se había diferenciado de ella, lo cual es algo completamente diferente. *Esa* naturaleza mágica estaba animísticamente viva con impulsos egocéntricos y con sentimientos indiferenciados. Y la naturaleza adorada por los modernos ecorrománticos, en cambio, es una naturaleza diferenciada. Los modernos románticos no creen realmente que las nubes se muevan porque están siguiéndoles ni piensan que la erupción del volcán signifique que el volcán está enojado con ellos (a menos, claro está, que sufran una seria regresión patológica a un estado borderline).

La naturaleza moderna reverenciada por los ecorrománticos como la suprema realidad es una naturaleza plenamente diferenciada, una naturaleza posterior a la diferenciación del Gran Tres; su dios, o su diosa, en otras palabras, es el fruto del moderno colapso del Gran Tres en el Gran Uno, el dios de la naturaleza monológica que sólo otorga realidad a la mononaturaleza.

Y, como decíamos anteriormente, el *colapso* del Gran Tres en el Gran Uno *-un colapso que se mantuvo gracias al poder de la industrialización-* fue una de las consecuencias de la industrialización.

Dicho en otras palabras, la naturaleza a la que se refieren los ecorrománticos es la naturaleza chata de la industrialización, la mononaturaleza. La adoración de Gaia es uno de los productos de la industrialización que perpetúa el paradigma empírico-industrial, el Gran Uno, el colapso del Kosmos, el moderno marco de referencia descendente que sólo asigna realidad a la mononaturaleza y únicamente deja en pie a las superficies de la Mano Derecha y al mundo de la localización simple.

Y el moderno marco de referencia descendente está destruyendo a Gaia porque lo despoja de su interioridad, la única dimensión en la que es posible llegar al acuerdo y al conocimiento intersubjetivo. De este modo, la religión de Gaia constituye uno de los principales mecanismos de transmisión del moderno marco de referencia descendente. El marco de referencia descendente de la modernidad está destruyendo a Gaia y la religión de Gaia constituye una de sus estrategias fundamentales.

P: ¿No resulta irónico?

KW: Pero ya sabe usted que hablar de modernidad es lo mismo que hablar de ironía.

El hecho es que el marco de referencia descendente destruyó el Gran Tres -destruyó la mente, la cultura y la naturaleza- y perpetuó su disociación, su falta de integración, sembrando la tierra con sus fragmentos. Y esa reducción o fragmentación no sólo afectó a Gaia, la naturaleza, sino que también tuvo sus efectos sobre la conciencia y sobre la cultura.

De lo cual se deduce que la crisis ecológica es, en gran medida, la consecuencia de la persistente disociación del Gran Tres ¿no le parece? En esta modernidad que se ha vuelto levemente loca no podemos reunificar la cultura, la naturaleza y la conciencia, no podemos reintegrar la naturaleza, la moral y la mente.

Pero sólo en la integración del Gran Tres -si es que tal cosa es posible- y no el predominio de uno cualquiera de sus dominios, podremos hallar la salvación. Mientras sigamos viviendo dentro del chato marco de referencia descendente del mundo, esta integración resultará imposible. La solución ecorromántica

– ¡la vuelta a la naturaleza! - no resulta, en modo alguno, viable porque no hace más que perpetuar el marco de referencia descendente, el marco de referencia industrial.

P: ¡Que se halla, definitivamente, en contra de la trascendencia!

KW: Así es porque, desde el punto de vista descendente, la trascendencia o cualquier tipo de ascenso es el mal, la trascendencia destruye a Gaia. Y los descendentes son muy vehementes en este sentido cuando afirman que la trascendencia arruina a Gaia, que la trascendencia es el origen de todo mal.

Esto es lo que grita por boca de los descendentes el moderno marco de referencia industrial. En este sentido, los descendentes son meros títeres de la ontología industrial. Ellos creen que la trascendencia está destruyendo a Gaia, cuando la trascendencia es, de hecho, la única alternativa de que disponemos para reagrupar e integrar los fragmentos del colapso del Kosmos y, de ese modo, salvarnos. Pero quienes niegan cualquier tipo de trascendencia confunden trascendencia con represión, diferenciación con disociación y jerarquías de dominio con jerarquías de realización, y la solución que proponen, el regreso a la naturaleza -la causa misma del problema-, no constituye ningún tipo de cura.

Es en este marco de referencia descendente en donde se mueve -o, mejor dicho, en donde se halla estancado- el mundo moderno y postmoderno. Este marco de referencia es el que determina nuestros objetivos, nuestros deseos, nuestros logros y nuestra salvación. Este marco de referencia es el que rige la cultura predominante y también la contracultura, el que alienta a los adalides de la modernidad y a quienes abominan de ella, el que inspira a las fuerzas del ego y también a los movimientos ecologistas. Es por ello que tanto el conformista como el vanguardista cantan por igual sus alabanzas y se aprestan a desterrar a los infiernos cualquier atisbo de movimiento ascendente.

La modernidad golpea su cabeza contra los barrotes metálicos de la prisión del marco de referencia descendente y llama conocimiento a la sangre vertida; se lamenta angustiosamente de sus heridas y denomina autenticidad a su angustia; se abraza mortal-

mente a la visión chata del mundo y llama pasión a esa agonía y, por encima de todo, anhela demostrar su compromiso con el descenso y llama salvación a esa servidumbre. De este modo es como el marco de referencia descendente ha terminado clavando su implacables garras en todo lo que se mueve.

Y, para mayor ironía, quienes más atrapados están en ella son quienes más alto cantan sus alabanzas.

16. EL EGO Y EL ECO

P: La rebelión postilustrada o postmoderna comenzó entre los siglos *XVIII* y *XIX*.

KW: Así es. Las profundas contradicciones inherentes al paradigma fundamental de la Ilustración no tardaron en empañar los logros positivos de la modernidad con sus deplorables secuelas negativas. Y cuando el *esplendor* de la modernidad se vio eclipsado por sus *miserias*, «las fuerzas del eco» se alzaron en contra de «las fuerzas del ego» y comenzó una terrible batalla entre cuyas humeantes ruinas todavía seguimos viviendo hoy en día.

Ego versus eco

P: Según afirma usted, los dos adversarios que se enfrentaron en esa batalla entre la Ilustración racionalista (a las que usted denomina «las fuerzas de ego») y el romanticismo de la naturaleza (al que usted denomina «las fuerzas del eco») participaban del mismo marco de referencia descendente.

KW: Así es. Bajo la violenta ofensiva de la industrialización la visión del mundo exclusivamente descendente y la gran red de los «ellos» interrelacionados -dentro de la cual todavía vivimos, nos movemos, pensamos y sentimos- terminaron imponiéndose a la mente moderna y postmoderna.

Poco debería sorprendernos, pues, que la Ilustración racional y el romanticismo natural compartieran, como último punto de referencia, la misma ontología industrial. Ya no se trataba de integrar lo ascendente y lo descendente en la Esencia no dual sino de *zafarse por completo de todo lo ascendente*. Fueran cuales fuesen sus muchas diferencias, lo cierto es que ambas visiones participaban de la misma visión chata del mundo, el mundo de la localización simple, el mundo que puede tocarse con los dedos.

La diferencia radica en que, mientras la Ilustración lo hacía de un modo racional, calculado y metódico, los románticos, por su parte, se apoyaban en la sensación, el sentimiento y la emoción. En el mundo de los sentimientos podemos llegar a ser uno con el mundo chato, con la naturaleza, con el mundo de la forma. Y, desde el punto de vista de los románticos, la salvación radicaba en la «unidad» con el mundo fenoménico, con el mundo descendente. Dicho de otro modo, los románticos no querían llegar a controlar el mundo chato sino que su anhelo era el de fundirse con él.

Los dos hijos gemelos de la visión chata del mundo

P: Pero si las fuerzas del ego y las fuerzas del eco compartían la misma visión chata del mundo, ¿para qué preocuparnos siquiera por su rivalidad?

KW: Porque ambos afirmaban poseer la solución a los problemas inherentes a la disociación del Gran Tres, cuando lo único que hacían era prolongar su agonía.

De modo que, si realmente queremos superar la visión chata del mundo, deberemos sortear ambos peligros. Y la mejor forma de hacerlo consistirá en ser muy conscientes de su historia, de su historial clínico, por así decirlo. Porque esas dos actitudes se asemejan a un par de gemelos atrapados en un frenesí mutuamente destructivo, adversarios que no dejan de vociferar sus promesas de transformación del mundo, impidiéndolo, al mismo tiempo, lo cual no deja de ser sumamente paradójico.

P: ¿Cuáles eran, pues, las diferencias que les separaban?

KW: El hecho es que ambos se movían dentro del mismo marco de referencia exclusivamente descendente, pero lo hacían en direcciones diametralmente opuestas.

Las fuerzas del ego racional, las fuerzas de la Ilustración -desde Descartes hasta Locke y Fichte- deseaban controlar, calcular e incluso sojuzgar al mundo de la naturaleza. La vida en la naturaleza era solitaria, pobre, sucia, cruel y corta -y, en cierto modo, amoral - y no es de extrañar que las fuerzas del ego concluyesen que la razón debía cumplir con la función de liberarles de ese mundo brutal y amoral y que asumieran la misión de *emanciparse* de la naturaleza. Por eso el ego racional suele ser considerado como un yo separado, un yo libre, un yo autónomo, etcétera.

Pero esta empresa resultó inadmisibile para los ecorrománticos porque la consideraban una ruptura, un dualismo, entre el ego y el mundo de la naturaleza. La intención de los propulsores de la gran rebelión ecorromántica -Rousseau, Herder, los Schlegels, Schiller, Novalis, Coleridge, Wordsworth y Whitman, en sus diversas formas- fue la de tratar de recuperar lo que ellos consideraban la totalidad, la armonía o la unión entre el yo y el mundo y, en particular, integrar al yo y a la naturaleza en la corriente más amplia de la Vida cósmica. No buscaban, pues, los románticos, una representación distanciadora sino la reinsertión en la gran red de la naturaleza, la realidad última a la que, según ellos, debe apuntar toda acción y todo conocimiento. Lo que ellos querían, en suma, era alcanzar la unidad consigo mismos fundiéndose con la naturaleza.

Pero adviértase que, en ambos casos, se trata de la misma naturaleza. La naturaleza que anhelaban los ecorrománticos es la misma naturaleza monológica a la que se refieren las fuerzas del ego, sólo que ahora considerada desde una perspectiva completamente diferente, no tanto controlar, calcular o dominar, como fundirse y, de ese modo, recuperar «la totalidad» perdida.

P: De modo que ambos estaban hipnotizados por la voz de la naturaleza.

KW: Sí. Éste es el motivo por el cual Charles Taylor ha podido demostrar (en su imponente *Sources of the Self*) que tanto la versión ilustrada como la versión romántica se basaron en la misma concepción moderna de la naturaleza, la naturaleza como gran trama interrelacionada, la naturaleza como gran orden, como sistema de procesos empíricos que, en sí mismo, es la realidad última o fundacional. Ni Espíritu ni mente sino tan sólo la voz de la naturaleza.

P: Así que, por una parte, tenemos al ego-Ilustración y, por la otra, a la rebelión eco-romántica.

KW: Así es, éstos fueron, hablando en un sentido muy general, los dos maltrechos supervivientes que emergieron de entre los escombros del colapso del Kosmos. Y fue después de su emergencia cuando se enzarzaron en una batalla en la que cada uno se hallaba convencido de poseer la solución a las disociaciones de la modernidad, despreciando a su contrincante y atrapado, sin embargo, al igual que él, en la misma red descendente que era, de hecho, la causa del problema, un marco de referencia, por otra parte, que jamás había sido puesto en tela de juicio.

La verdad del ego

P: De modo que esta guerra...

KW: El problema fue que tanto «las fuerzas del ego como las fuerzas del eco» contaban con verdades innegables -retazos de verdad que habían conseguido sobrevivir al colapso del Kosmos- y sus respectivas verdades eran tan importantes y tan cruciales que, comprensiblemente, no querían desembarazarse de ellas.

P: Comencemos con las verdades importantes del campo del ego.

KW: La razón fundamental aducida por las fuerzas del ego para justificar su intención de «desembarazarse» de la naturaleza -especialmente en la medida en que se alejaban del empirismo

y se aproximaban a Kant y Fichte-, era que la naturaleza sensorial carece de valores morales conscientes. Con ello, claro está, no querían decir que la naturaleza fuera antimoral, sino simplemente que es amoral, que es absolutamente ajena a cualquier tipo de actitud moral consciente.

Ya hemos visto que el ser humano comienza siendo biocéntrico y egocéntrico, perdido en sus propios impulsos y completamente incapaz de asumir el rol de los demás. Luego, cuando pasa del estadio egocéntrico al estadio sociocéntrico, comienza a tratar a los demás miembros de su grupo con el mismo respeto con el que se trata a sí mismo. Más tarde, cuando se alcanza el estadio moral mundicéntrico, considera que todos los seres humanos merecen el mismo respeto, que todos son merecedores de las mismas oportunidades (y, con el posible desarrollo posterior del estadio moral propio del Alma del Mundo, ese respeto se extiende a todos los seres sensibles, aun en el caso de que su respuesta a nuestra solícita actitud sea el mutismo).

En el mejor de los casos, las fuerzas racionales del ego representaron la moralidad postconvencional y mundicéntrica, el pluralismo universal que, como ya hemos visto, constituye uno de los rasgos característicos más importantes de la dignidad de los movimientos democráticos de la Ilustración. Y estaban, por otra parte, completamente en lo cierto al afirmar que la moralidad mundicéntrica es *inexistente en el mundo de la naturaleza sensorial*.

Obviamente, la naturaleza también es altruista, pero su altruismo consiste en el mero despliegue inconsciente del ajuste funcional y de la inclusión genética. La actitud moral mundicéntrica y consciente sólo se encuentra entre los seres humanos y, a decir verdad, en un número relativamente pequeño de seres humanos muy desarrollados (recuerde que a mayor profundidad menor amplitud).

Para alcanzar esta actitud superior y relativamente infrecuente de respeto universal es necesario haber trascendido los impulsos naturales *biocéntricos* (sexo y supervivencia), los deseos *egocéntricos* y las tendencias *etnocéntricas*, y haberse afirmado

como un locus de conciencia moral relativamente *mundicéntrico* que subraya la compasión universal. De este modo, la liberación de los compromisos superficiales favorece la conexión con un yo más elevado, más profundo y más verdadero.

Estoy, por supuesto, resumiendo las conclusiones más interesantes del análisis realizado por Immanuel Kant. Sólo trascendiendo los impulsos egocéntricos, los deseos naturales y las actitudes conformistas o etnocéntricas -todo lo que Kant denominaba «heteronomía» -, sólo superando esas actitudes inferiores y asumiendo una perspectiva superior o más profunda, una perspectiva verdaderamente mundicéntrica, podré descubrir mis aspiraciones más elevadas y mi yo más auténtico.

Sólo *entonces* seré capaz del respeto y la compasión universal que me libera de los compromisos inferiores. Sólo ascendiendo y *trascendiendo* esos niveles inferiores podré elevarme por encima de los instintos básicos y alcanzar una actitud más universal y tolerante.

A lo largo de toda una época, Kant representó el adalid de la libertad moral de la conciencia mundicéntrica, precisamente por haber comenzado a trascender el mundo meramente descendente, el mundo chato de los meros impulsos, el mundo de lo mío y de las reglas arbitrarias. Ése fue el origen de las principales corrientes ascendentes y descendentes *modernas*, del intento de romper el marco de referencia descendente de la naturaleza empírica, ajena a todo tipo de moralidad consciente.

Kant se indignó -o, dicho de otro modo, fue despertando bruscamente de su letargo dogmático- por el empirismo insensato de Hume, al que respondió con lo que muchos han considerado como la filosofía más exquisita y sofisticada jamás elaborada por Occidente. Sea lo que fuere lo que pensemos a este respecto, el idealismo trascendental de Kant es, desde todo punto de vista, ciertamente impresionante y a él se remontan casi todas las corrientes trascendentalistas modernas conocidas (Fichte, Schelling, Hlderlin, Hegel, Schopenhauer, Nietzsche, Bradley, Husserl, Heidegger, etcétera). Bien podríamos decir, pues, que

Kant fue el principal paladín moderno en la heroica y noble lucha contra los trolls y los trogloditas.

Resumiendo, pues, la verdad del ego es que sólo es posible asumir una actitud superior y más inclusiva que permita el desarrollo de la tolerancia y de la compasión universal en las corrientes trascendentes del Kosmos, que sólo un Eros superior puede posibilitar un Agape más amplio.

El problema del ego

P: Pero usted también ha dicho que las fuerzas del ego, incluyendo a Kant, adolecen de serias limitaciones.

KW: Así es. Por supuesto que todo lo que dice Kant es cierto; por supuesto también que la actitud mundicéntrica no forma parte de las categorías constitutivas de la naturaleza sensorial y que tan sólo se encuentra en la mente práctica, o ética, y por supuesto también que la naturaleza, en ese sentido, debe ser trascendida. Pero ¿cómo *integrar* la mente y la naturaleza? ¿Cómo *trascender e incluir*, al mismo tiempo, la naturaleza? ¿Cómo solventar los problemas que acompañan la división entre la mente y la naturaleza? Porque esa división supone también una escisión *dentro de mi propio ser*, mi mente y mi cuerpo también se hallan divididos y mi mente se halla separada de la naturaleza externa y de la naturaleza interna. ¿Cómo salvar, pues, esa escisión? ¿O es que acaso la disociación es el precio que hay que pagar por el desarrollo moral?

Porque, aunque Kant trató de superar la escisión existente entre el conocimiento de la moral y el conocimiento de la naturaleza a través de la estética, no tenía, sin embargo, una respuesta final a todas estas preguntas. Kant *trató de integrar el Gran Tres* -la estética, la moral y la ciencia- y, a pesar de ello, no pudo conseguirlo.

Ya hemos dicho que el gran *avance* de la modernidad consistió en la diferenciación del Gran Tres, un logro realmente admirable (recuerde que sus tres grandes críticas tratan sobre la cien-

cia, la ética y el arte). Pero Kant también advirtió que el gran *fracaso* de la modernidad fue su incapacidad para integrar el Gran Tres, un fracaso en el que, como tantos críticos han subrayado (especialmente Hegel), Kant no fue una excepción.

De modo que, en el despertar de Kant -es decir, en el mismo despuntar de la modernidad-, nos vimos enfrentados a un gran problema: ¿cómo integrar la mente, la moral y la naturaleza? No cómo re-unirlas porque nunca antes habían estado unidas o integradas (dado que jamás habían estado diferenciadas). Esta diferenciación era algo radicalmente nuevo y lo mismo ocurría con la disociación. Ésa *fue* la sangre que se derramó sobre la flamante alfombra, ésa fue la pesadilla del erial industrial, una pesadilla que la humanidad jamás había padecido anteriormente, un mal sueño que Kant llegó a diagnosticar pero que jamás consiguió, por más que lo tratara, remediar.

El ego y la represión

P: De modo que, aparte de su verdad, el ego también impuso una clara fractura entre la mente y la naturaleza.

KW: Sí. Y aquí nos encontramos con la principal y, en mi opinión, más exacta, crítica de las fuerzas del ego. Porque si bien es cierto que introdujeron una cierta trascendencia, también lo es que esa trascendencia fue, *como siempre*, demasiado lejos y terminó convirtiéndose en *represión*.

El ego racional quiso elevarse sobre la naturaleza y los impulsos corporales para alcanzar una compasión más universal que no podía hallar en la naturaleza, pero terminó reprimiendo los impulsos naturales, la biosfera, y terminó arrancando sus propias raíces. De este modo, el ego tendió *a reprimir* tanto a la naturaleza externa como a la naturaleza interna (el «ello»). Y qué duda cabe de que esta represión no es nada ajena a la aparición de un Sigmund Freud precisamente en esa época (y no antes) tratando también de poner solución a las disociaciones de la modernidad.

Es comprensible que todos estos dualismos disgustaran mucho a los románticos, quienes acusaron al ego de ser la causa de todas las divisiones, dualismos y disociaciones, y que su principal anhelo fuera el de recuperar la *totalidad*, la *armonía* y la *unión*.

El ego seguía cartografiando el mundo de un modo objetivo y monológico y, en ese proceso, había terminado desencantándolo. El ego separado y desidentificado cartografiaba el mundo de la naturaleza empírica mediante el conocimiento representacional. Y si, a lo largo de este proceso, *desencantaba* a la naturaleza, muchísimo mejor. ¡Porque es precisamente ese desencantamiento de la naturaleza el que permite la liberación del ego!

Pero esta situación alarmó a las fuerzas del eco, que no dejaban de insistir en que ese desencantamiento estaba convirtiéndose en una carnicería. ¡El ego racional ha terminado abocándonos a un mundo desencantado, un mundo en el que reina la represión, la disociación y la muerte! Y fue contra esa lamentable situación que se alzaron las fuerzas del eco con su intento de reencantar al mundo.

De ese modo se inició el sorprendente y extraordinario proyecto de tratar de reencantar al mundo.

El reencantamiento del mundo

P: ¿De modo que las fuerzas de eco enrolaron a todos los que se hallaban en contra del ego racional?

KW: Sí, básicamente. Casi todas las críticas románticas pueden ser consideradas como una expresión del desasosiego provocado por las tendencias *represivas* del ego racional -el gran artífice autónomo del universo- que había ignorado sus raíces prepersonales y sus intuiciones transpersonales, separándose, o eso era, al menos, lo que pretendía, de su trasfondo subconsciente y de sus intuiciones supraconscientes, arrollando todo lo que hallaba a su paso en el camino que conducía al cielo de la razón.

Y la rebelión romántica constituyó precisamente un alzamiento en contra de esa *represión*.

P: Sus críticas eran muy ciertas.

KW: Sí, hay mucho de verdad en la crítica romántica del ego. Para los románticos, la escisión entre la ética y la naturaleza, entre la mente y la naturaleza, entre la mente y el cuerpo, resultaba inadmisiblemente. Ellos anhelaban *totalidad y unidad*. Por ese motivo, mientras Kant y Fichte hablaban de la *autonomía* del yo con respecto a la naturaleza y a los instintos básicos, los románticos respondían abogando por la *unión* con la naturaleza, por la fusión vital, por la inserción en la gran corriente *unitaria* de la Vida y el Amor.

La gran verdad proclamada por los románticos era la necesidad de salvar el abismo abierto entre la moral y la naturaleza, una verdad tan cierta como la noción kantiana de la necesidad de la trascendencia.

P: ¿Y qué fue lo que ocurrió?

KW: En ese momento histórico se llegó a un colapso filosófico total, un empate entre las fuerzas del ego y las fuerzas del eco. ¿Cómo es posible reconciliar ambas posturas? ¿Cómo podemos reconciliar la necesidad de elevamos sobre la naturaleza con la necesidad de llegar a ser uno con ella?

Ése sigue siendo todavía, en mi opinión, el problema crucial, el dilema en el que se encuentra estancado el mundo actual. ¿Cómo reconciliar el ego y el eco?

Como ya hemos dicho, las fuerzas del ego no tenían una respuesta satisfactoria, pero la solución ecorromántica era igualmente decepcionante y las fuerzas del ego arremetieron violentamente en contra de su anhelada solución de «fundirse con la corriente de la Vida». ¿Cómo -se preguntaban los adalides del ego- podrá usted unirse con la naturaleza, fundirse con ella y actuar en función de sus impulsos, sin abandonar la actitud mundicéntrica y postconvencional que tan difícil nos ha sido alcanzar?

La respuesta romántica a esta pregunta era sumamente pobre y se centraba en dos concepciones muy diferentes -y, a menudo, contradictorias- de la «naturaleza», dos concepciones, por

otra parte, que utilizaron indiscriminadamente en función de sus propósitos.

El regreso a la naturaleza

P: ¿De modo que los románticos sostenían dos concepciones muy diferentes de la naturaleza?

KW: Sí. Desde un punto de vista puramente descendente, ellos afirmaban que la naturaleza es la única realidad, la realidad que todo lo incluye y todo lo abarca. Este, por supuesto, es el marco de referencia moderno, un marco de referencia en el que los románticos se hallaban completamente inmersos. La cultura, en su opinión, se había *desviado* seriamente de esta naturaleza, se había *escindido* de ella, había perdido el contacto con la gran corriente de la vida y estaba destruyendo la naturaleza.

P: Ésta es la misma afirmación que siguen manteniendo hoy en día los ecolósofos.

KW: Sí. Pero observe las dos concepciones diferentes y contradictorias de naturaleza que subyacen a esta visión. En primer lugar, la naturaleza es la única realidad individual de la que todos los organismos, incluidos los seres humanos, forman parte. En ese sentido, la naturaleza *lo incluye absolutamente todo y nada* se halla fuera de ella porque es la realidad última que todo lo abarca.

Pero esa afirmación también presupone que la cultura se ha *desviado* de la naturaleza y que, por ese mismo motivo, está destruyéndola. Es, pues, como si existieran *dos* naturalezas diferentes, una de la que usted no puede desviarse y otra de la que sí puede desviarse. Y es evidente, por tanto, que se trata de dos cosas completamente diferentes y que los románticos pasaban inadvertidamente de la una a la otra.

¿Cuál es, pues, la relación que existe entre la Naturaleza (con N mayúscula), la naturaleza que *todo* lo engloba, y esa otra naturaleza que es *diferente* de la cultura y que está siendo destruida por ella?

P: Se supone que la gran Naturaleza incluye y unifica la cultura y la naturaleza.

KW: Así es. Pero el problema sigue siendo descubrir la relación existente entre la Naturaleza y la naturaleza.

Esta contradicción interna fue la que prendió en llamas a toda la empresa romántica. Lo que los mejores románticos estaban tratando de decir es que la Naturaleza (con «N» mayúscula) es el Espíritu, porque el Espíritu que todo lo abarca *trasciende e incluye* la naturaleza y la cultura; algo, a mi juicio, completamente cierto.

Pero, dado que los románticos estaban comprometidos con un marco de referencia exclusivamente descendente, identificaron a la Naturaleza con la naturaleza y terminaron equiparando al Espíritu con la naturaleza sensorial. Y finalmente, el movimiento romántico, presa de esta contradicción, se consumió estruendosamente en una fastuosa explosión de narcisismo y egocentrismo, porque, cuanto más próximo se halle uno a la naturaleza, más egocéntrico es. De este modo, en la búsqueda de la Naturaleza, los románticos regresaron a la naturaleza y cayeron en el agujero negro de su propio egoísmo mientras seguían clamando el nombre de la divinidad.

El eco y la regresión

P: De manera que el colapso del Kosmos es también el colapso de la Naturaleza en la naturaleza. No hay Espíritu ni mente sino sólo naturaleza.

KW: En efecto. Si, desde una perspectiva ego, uno simplemente niega la existencia de las realidades espirituales y se dedica a cartografiar la naturaleza empírica no tiene por qué haber ningún tipo de problema.

Pero si, por el contrario, usted está abierto a las experiencias espirituales y permanece fiel a la ontología industrial, terminará equiparando al Espíritu con la naturaleza. En tal caso, su *intui-*

ción espiritual podrá ser muy auténtica pero *su interpretación* tendrá lugar dentro de la órbita del marco de referencia industrial (un marco de referencia que sólo atribuye realidad a la naturaleza empírica).

Consecuentemente, en tal caso, aunque usted tenga una experiencia directa del Alma del Mundo -o hasta de lo no dual-, el chato marco de referencia industrial forzarán de manera preconsciente su interpretación y no tardará en descubrirse adorando a un nuevo dios, un dios verde, el dios de la naturaleza monológica, el dios de la localización simple, el dios de las monótonas superficies.

Pero, desde esa perspectiva, en lugar de *avanzar evolutivamente* hacia la emergencia de la Naturaleza, del Espíritu o del Alma del Mundo -que podría terminar unificando la mente y a la naturaleza diferenciadas- se contentará simplemente con «volver a la naturaleza» y no avanzará hacia la Naturaleza sino que regresará a la naturaleza.

P: Y esta regresión es, en su opinión, el rasgo distintivo de la mayor parte de los movimientos románticos, incluidos los ecofilósofos de hoy en día.

KW: Eso es precisamente lo que opino. Y ése es también el motivo por el cual el movimiento regresivo ha sido históricamente tan importante y ha terminado convirtiéndose en una corriente tan influyente del mundo moderno y postmoderno.

Según afirman los ecorrománticos, la naturaleza, o la biosfera, es la única realidad esencial -si es realmente «espiritual»-, y todo *lo que se aleja de la naturaleza* estará *destruyendo* el Espíritu. En ese sentido, la cultura se aleja de la naturaleza y, en consecuencia, está destruyendo el Espíritu. Así pues, cuando afirmamos a la mononaturaleza como la Realidad última, estamos convirtiendo a la cultura en el pecado original.

Pero la objeción romántica no se limita a afirmar que la cultura puede ir demasiado lejos y que puede reprimir a la [naturaleza](#). [no](#) dice que la mente pueda reprimir los impulsos corporales sino que va mucho más allá y llega a acusar a la cultura de destruir necesariamente la naturaleza. Y puesto que, desde esa perspectiva.

la naturaleza es la única realidad espiritual, la cultura, en consecuencia, no puede ser otra cosa más que antiespiritual. Así es como la cultura se convierte en el crimen original contra el supuesto paraíso primordial de la libertad natural y la abundancia espiritual.

Este es el núcleo de la «intuición espiritual» de todos los movimientos ecorrománticos del pasado y del presente. Pero esta «intuición», por cierto, no es nada espiritual, no es más que una interpretación que ha ido fraguando lenta y silenciosamente en el molde del marco referencia industrial, una de las múltiples formas ocultas mediante las cuales el moderno marco de referencia descendente se defiende de la trascendencia y de la espiritualidad auténtica, el mecanismo de defensa de una visión del mundo que se resiste a abandonar la quimera de que la única realidad es la naturaleza finita. Y para ello debe presentar a la naturaleza como el Espíritu y a todo lo que se aleja de ella como si fuera el diablo.

De esta «intuición» se alimentan los influyentes movimientos de «regreso a la naturaleza», del «buen salvaje», del «paraíso perdido» y de un supuesto Edén primordial que se vio destruido por el espantoso crimen de la cultura.

Según la visión romántica, si queremos encontrar una realidad más genuina, un yo auténtico, un sentimiento más genuino y una comunicación más intensa, deberemos retroceder hasta un pasado anterior al momento en que fue perpetrado ese crimen. Desde esta perspectiva, pues, la recuperación del paraíso perdido y de la Tierra Prometida exige el regreso a formas de vida originales y primordiales.

Éste es el origen del error retrorromántico.

El paraíso perdido

P: Usted ha descubierto el mismo error en dominios muy distintos, desde los primeros románticos hasta los modernos ecofilósofos.

KW: Así es. Y no es difícil advertir cómo comenzó todo esto. Por primera vez en la historia, la modernidad había logrado diferenciar el Gran Tres (una diferenciación que supuso también la diferenciación entre la mente y la naturaleza), pero esa diferenciación fue demasiado lejos y terminó convirtiéndose en disociación, lo cual despertó la reacción de alarma de los románticos,, una reacción, por cierto, muy comprensible y muy noble.

No obstante, la respuesta romántica también fue muy ingeniosa, porque creyeron que el problema radicaba en la diferenciación y que nunca deberíamos haber comenzado siquiera a diferenciar el Gran Tres. De este modo, al no comprender que la diferenciación es el *preludio necesario de toda integración*, la solución que propusieron fue simplemente la de regresar a los días anteriores a la diferenciación. ¡No a la época anterior a la disociación sino anterior a la diferenciación! ¡Como si la solución a los problemas del roble consistiera en volver nuevamente a sus días de bellota!

Lo único que hay que hacer, pues, desde este punto de vista, es regresar al período en que la cultura y la naturaleza se hallaban indiferenciadas, regresar a los días anteriores al horrible crimen cometido por la humanidad contra la naturaleza. Desde esta perspectiva, la historia se convirtió en la crónica de los errores que fueron alejando a la humanidad del estado prístino original en el que la mente y la naturaleza eran «uno», obviando por completo el hecho de que ese «estado prístino» original era ajeno a los desastres de la modernidad pero que también lo era a sus dignidades. Es como si, para los románticos, el roble constituyera una horrible violación de la semilla y la misión de la humanidad fuera la de redescubrir y regresar al estado de «bellotez».

P: Y ¿cuál es, en su opinión, la solución?

KW: Yo estoy de acuerdo en que la cultura convencional no suele ser muy espiritual, pero la solución a ese problema no consiste en regresar a lo preconvencional sino en avanzar hacia lo postconvencional, el remedio no consiste en regresar a la naturaleza sino en avanzar hacia la espiritualidad postconvencional.

Porque el Espíritu trasciende e incluye la cultura y la naturaleza y, en consecuencia, las integra y unifica.

Pero si usted recomienda volver al estadio preconvencional, volver, por así decirlo, al estado de «bellotez», volver al estado «prístino» de la naturaleza original, tendrá que retroceder a un punto anterior a toda diferenciación y renunciar también a todos los avances que nos ha proporcionado. Lo que no es posible es recomendar la indisociación mágica o la inmersión mítica y quejarse de lo mal que está todo sin dejar de beneficiarse hipócritamente de los avances y de las libertades proporcionadas por la modernidad.

Pero ese estado no es el Espíritu translógico ni la cultura dialógica, sino pura y simplemente la naturaleza monológica a la que, por su ambigua definición, habrá terminado entronizando como el Espíritu de la Naturaleza. Así es como se librará del crimen de la cultura, regresará al paraíso perdido, descubrirá el buen salvaje que hay en usted y recuperará ese paraíso perdido en el que ninguna de las diferenciaciones de la modernidad le impondrán la necesidad de diferenciar su ego de las realidades que le rodeaban.

Alejado del lastre del diálogo, libre de las dificultades de la interpretación y ajeno a las exigencias de la moral, encontrará su verdadero yo en una naturaleza completamente ajena a la modernidad. Entonces podrá acusarla y condenarla diciendo, a quien esté dispuesto a escucharle, «he encontrado el paraíso perdido, la auténtica tierra prometida».

Es cierto que la regresión de la noosfera a la biosfera le liberará de las miserias de la modernidad, pero también le liberará de sus ventajas y de sus grandes avances. En tal caso, habrá curado la *represión por regresión*.

P: Pero uno *puede* tener poderosas experiencias espirituales en el seno de la naturaleza; eso es algo muy frecuente. Y creo que es a ello a lo que se referían los románticos cuando equiparaban la naturaleza con el Espíritu.

KW: Así es, pero debe tener en cuenta que el origen de esas

experiencias espirituales no se halla en la naturaleza. Usted puede contemplar durante horas una puesta de sol, fundirse súbitamente con el Alma del Mundo y experimentar que es uno con la naturaleza. Eso está muy bien. Pero debe tener en cuenta que la naturaleza no es la fuente de esa intuición. ¡Aunque sus órganos sensoriales sean, en muchos sentidos, mucho más agudos que los nuestros y vean, en consecuencia, la naturaleza de un modo mucho más nítido que nosotros, los gusanos, las ratas, los zorros y las comadreja no contemplan durante horas la naturaleza, extasiados con su belleza, transformándose a sí mismos en esa contemplación! No, la naturaleza no es el *origen* de esta belleza sino su destino. La auténtica *fuentes* de esa experiencia radica en el Espíritu trascendente del que la naturaleza constituye, por cierto, una magnífica expresión.

De modo que, cuando usted se halla en plena naturaleza, relaja su contracción egoica y se convierte en una apertura, una conciencia abierta -algo a lo cual, por cierto, la naturaleza invita de continuo-, a través de esa apertura puede derramarse el poder y la gloria del Alma del Mundo y usted puede llegar a sentirse temporalmente conmocionado por la magnificencia y la belleza del paisaje, una belleza que corta su respiración y diluye su yo, una belleza que confiere un nuevo esplendor a la puesta de sol y transforma a la naturaleza en un espectáculo extraordinariamente vívido.

Pero si usted interpreta esta experiencia espiritual desde un marco de referencia descendente, si lo hace desde el marco de referencia industrial, terminará atribuyendo ese Espíritu a la naturaleza y confundirá el efecto con la causa, en cuyo caso no advertirá que ha llegado a esa intuición del Alma del Mundo gracias a un proceso que va de lo sensoribiocéntrico a lo egocéntrico y pasa por lo sociocéntrico y lo mundicéntrico, hasta llegar al Alma del Mundo (estadios sucesivos en el que cada uno de ellos trasciende e incluye al anterior).

No es de extrañar, pues, que, conmovido por la belleza del Alma del Mundo, la atribuya erróneamente a la naturaleza sensorial y no concluya que debemos tratar de avanzar desde la natu-

raleza a la cultura y, desde ahí, al Espíritu, sino simplemente que debemos regresar a la naturaleza aunque la comadreja que se halle frente a usted no parezca contemplarla del mismo modo que usted. ¿Le resulta sorprendente?

Si usted cree que el Alma del Mundo, el Espíritu, es un simple impacto sensorial -si cree que su origen se halla en la misma naturaleza-, no se dará cuenta de que la cultura constituye una parte necesaria del *camino evolutivo* que conduce a una aprehensión *consciente* del Espíritu, del Yo auténtico, y concluirá que la cultura *oculta y distorsiona* a esa mononaturaleza en la que supuestamente reside su «yo real». Desde este punto de vista, la cultura no es uno de los estadios del camino que conduce al verdadero Yo sino un crimen contra el «verdadero yo» de los impulsos biocéntricos.

En tal caso, usted no recomendará que vayamos hasta el fulero 7 y el yo econoético sino que regresemos al fulero 2 y al yo biocéntrico, ecocéntrico o ecológico.

Así es como comenzará a entonar las alabanzas del ayer y se lamentará del presente en que nos encontramos, condenándolo sumariamente mientras se lamenta por el horrible crimen perpetrado por nuestra generación sobre las inocentes maravillas del ayer. Usted se enojará con la modernidad y anhelará un mundo sin mente, regocijándose en silencio cuando cualquier desastre natural acabe con la vida de muchos seres humanos, como si sus angustiados gritos alimentaran su alma sensorial, encandilado por la venganza de la naturaleza ante los horrores cometidos por el ser humano. ¿Acaso no merece la humanidad que los virus consuman su carne y que su sangre se derrame por cada uno de sus poros?

Dicho en otras palabras, usted habrá terminado convirtiéndose en un retrorromántico.

P: Pero usted afirma que esta regresión comenzó siendo una crítica a la modernidad.

KW: Sí, pero la pesadilla es que este abordaje soslaya por completo la causa real de los problemas de la modernidad. El problema real era la disociación del Gran Tres y su colapso en el

Gran Uno de la mononaturalidad, la ontología industrial. Y si bien los románticos rechazaron los desastres de la industria, no hicieron lo mismo con su ontología. Es como si se dedicaran a atacar los problemas superficiales mientras siguieran aplaudiendo entusiásticamente el problema profundo, la pesadilla profunda.

La sabiduría ecológica no consiste en vivir de acuerdo a la naturaleza sino en ponernos de acuerdo en cómo vivir de acuerdo a la naturaleza.

La sabiduría es un acuerdo intersubjetivo en la noosfera, no una inmersión en la biosfera. Ninguna representación de la biosfera, por más completa que ésta fuere, podrá proporcionarnos la sabiduría. Es imposible encontrar la sabiduría en ninguno de los mapas de las superficies exteriores y de las maravillas sensoriales porque éste es un camino de acuerdo intersubjetivo basado en una comprensión mutua y sincera, y este camino tiene sus propios estadios de desarrollo, su propia lógica, una lógica completamente ajena a la naturaleza empírica.

Cuando su diosa es la biosfera preconventional, la única posibilidad de salvación consiste en regresar a la naturaleza sensorial. Y, puesto que la modernidad diferenció esta naturaleza, no le quedará más remedio que regresar al estadio anterior a esa diferenciación o, dicho de otro modo, usted deberá ser, en todos los sentidos, premoderno.

P: Y éste es el error regresivo.

KW: Sí. Las fuerzas del ego combatían por la *represión*, mientras las fuerzas del eco, por su parte, lo hacían por la *regresión*. La represión y la regresión fueron -y siguen siendo hoy en día- los dos motores gemelos de las distintas versiones de la visión chata del mundo, los mecanismos contrapuestos de la ontología industrial.

La maquinaria de la regresión

P: Los ecorrománticos han sido muy concretos en sus alabanzas a las pérdidas del pasado.

KW: Sí. Desde el siglo XVIII hasta hoy en día, los ecorrománticos se han dedicado a mantener en marcha la maquinaria regresiva que les conducía a aquel estadio pasado en el que creían que la cultura se hallaba menos diferenciada de la naturaleza. Con ellos comenzó la gran búsqueda del paraíso perdido.

Pero su búsqueda no anhelaba el Espíritu atemporal del que nos alienan las tendencias contractivas del presente, sino un Espíritu que se hallaba hipotéticamente presente en algún remoto pasado -fuera histórico o prehistórico-, que terminó siendo «exterminado» por el gran crimen de la cultura.

P: Los primeros románticos estaban orgullosos de Grecia.

KW: Efectivamente. El destino final favorito del tren regresivo de los primeros románticos, como Schiller, por ejemplo, era la antigua Grecia porque, en su opinión, en esa época la mente y la naturaleza constituían una «unidad» (cuando lo que ocurría, por cierto, es que ni siquiera habían llegado a diferenciarse). Y resulta especialmente curioso su olvido de que, precisamente por ese mismo motivo, uno de cada tres griegos era esclavo y que prácticamente lo mismo ocurría con las mujeres y los niños. Es cierto que esas sociedades padecían muy pocas de las servidumbres de la modernidad... pero también lo es que tampoco disfrutaban de sus grandes ventajas.

Sin embargo, la antigua Grecia ha perdido hoy en día el favor de los románticos porque, al estar inmersa en una estructura *agraria*, eran patriarcales. Es por ello que los románticos volvieron a poner en marcha su mecanismo regresivo hasta recalar en las sociedades *hortícolas*, el punto de mira actual de las ecofeministas porque, como ya hemos visto, estas sociedades solían ser matrifocales y se hallaban gobernadas por la Gran Madre.

Dejemos de lado la ceremonia ritual característica de casi todas las sociedades hortícolas, el sacrificio ritual humano necesario, entre otras cosas, para garantizar la fertilidad de las cosechas. Dejemos también de lado que, según los sorprendentes datos aportados por Lenski, de que entre un 44% y del 50% de esas sociedades se hallaran enzarzadas de manera continua o intermi-

tente en escaramuzas bélicas (y que lo mismo ocurría con las pacíficas sociedades de la Gran Madre). Dejemos, por último, de lado que, según el mismo Lenski, el 61% de esas sociedades se basaban en la propiedad privada, que el 14% eran esclavistas y que el 45% de ellas tenía establecida la institución de la dote de la novia. Parece pues, como afirman los ecomasculinistas, que las sociedades hortícolas no fueron tan «puras y prístinas» como pareciera a simple vista.

P: Ellos parecen simpatizar más con las sociedades recolectoras.

KW: Sí, los ecomasculinistas. («dos ecólogos profundos») dan todavía *un paso más atrás* y consideran que «el auténtico estado puro y prístino original» era el de las sociedades recolectoras. De hecho, según los ecomasculinistas, las sociedades hortícolas, tan idolatradas por las ecofeministas, no se hallaban tan cerca de la naturaleza como pretendían porque dependían de la agricultura, que ya constituye una violación de la naturaleza. Para ellos, las únicas sociedades realmente puras y prístinas eran las de los cazadores y recolectores.

Ignoremos también los datos que evidencian que cerca del 10% de estas sociedades eran esclavistas, que el 37% de ellas tenía establecida la institución de la dote de la novia y que el 58% guerreaba de manera continua o intermitente...

¡Pero este *debería* ser el estadio puro y prístino porque ya no es posible volver más atrás! Así es como los ecomasculinistas terminan ignorando los aspectos desagradables de cualquiera de estas sociedades y lo convierten en el estadio del buen salvaje. Punto.

Porque, lógicamente, no se trata de regresar a los simios por el hecho de que los simios carecieran de esclavitud, dote, guerra, etcétera, no sería serio extraer la conclusión de que todo lo que ocurrió después del Big Bang haya sido un error colosal. Pero ésa es, sin embargo, la conclusión a la que necesariamente arribará si confunde diferenciación con disociación, si cree que toda diferenciación es un error y si considera que el roble supone un crimen contra la bellota.

De este modo, la búsqueda de un estado puro y prístino en el que realmente pudiera tener lugar la tan ansiada inserción en la naturaleza de los románticos nos lleva cada vez más y más atrás, pero en ese proceso vamos también eliminando cada vez más y más estratos de profundidad del Kosmos. Pero, de ese modo, curamos la depresión por regresión, curamos la enfermedad desembarazándonos de la profundidad y siendo cada vez más superficiales.

La gran batalla de la modernidad: Fichte versus Spinoza

P: De modo que éste ha sido el empate entre las fuerzas del ego y las fuerzas del eco. El ego quería doblegar al eco y el eco, por su parte, deseaba librarse del ego.

KW: Sí. La alternativa era la de *trascender* la naturaleza para llegar a alcanzar la libertad y la autonomía moral *o fundirse* con ella para así recuperar la unidad y la totalidad. ¿Es usted ego trascendental o eco inmanente?

Es decir, los puros ascendentes versus los puros descendentes.

¡El mismo problema fundamental, el mismo recalcitrante dualismo! La misma bimilenaria batalla entre los ascendentes y los descendentes -la lucha paradigmática representativa de la tradición occidental- había terminado reapareciendo en forma moderna como la lucha entre el ego y el eco.

Y este rivalidad pronto encontró sus paladines arquetípicos en Fichte y Spinoza.

P: ¿Le importaría explayarse un poco más en este punto?

KW: Intentaré ser breve. Fichte trataba de superar la división entre el ego y el eco absolutizando el ego, el camino ascendente. La liberación, en su opinión, iba a ser encontrada en el Yo puro, en el Yo trascendente o, como decía Fichte, postrándose ante el altar del dios ascendente, ya que cuanto más ego puro y cuanto menos eco mejor para todos.

Los ecorrománticos, por su parte, apuntaban exactamente en la dirección contraria bajo la mirada de un dios diametralmente opuesto. Para ellos, la única posibilidad de superar la división entre el ego y el eco sólo podría tener lugar absolutizando el eco, absolutizando el camino de descenso. De este modo, las fuerzas del eco encontraron su paladín arquetípico en una versión muy singular de Spinoza (porque, según ellos, la Naturaleza de la que hablaba Spinoza era la naturaleza, no la mente). Desde este punto de vista, pues, la libertad pura consiste en la inmersión total en el Gran Sistema de la naturaleza, en el puro eco. Así pues, cuanto más eco y cuanto menos ego, mejor para todos, decían los románticos, postrándose entretanto ante el altar terrenal de un dios exclusivamente descendente.

P: ¿Ese fue el enfrentamiento entre el ego y eco, entre Fichte y Spinoza?

KW: Sí, y no podemos decir que se trate de una cuestión circunstancial sino del punto en el que se encuentra actualmente la batalla que ha alentado todo intento occidental de despertar. Y se trata de un problema ciertamente angustioso porque todos intuían vagamente que ambos bandos poseían parte de verdad pero ¿cuál era el modo de hacerlo?

Todos, entonces, comenzaron a entonar la misma cantinela: ¡Debemos integrar a Fichte y a Spinoza! (o a Kant y Spinoza, Kant y Goethe, etcétera, variaciones, en cualquier caso, sobre el mismo tema). Ésta fue la obsesión de toda una época, especialmente a fines del siglo xviii.

P: ¿Y quién ganó?

KW: La cuestión es ¿cómo puede usted trascender la naturaleza para alcanzar la libertad moral y la totalidad, fundiéndose con la naturaleza? Autonomía versus totalidad. ¿Qué es lo que prefiere, liberarse de la naturaleza o la libertad de la naturaleza? ¿Cómo es posible gozar de ambas alternativas? ¿Cómo integrar lo ascendente y lo descendente? ¡Siempre las malditas notas fracturadas a pie de página de Platón! ¿Dónde encontrará su salvación? ¿Dónde está ubicado su dios?

P: Y en medio de toda esa batalla llegó alguien, de quien usted está muy orgulloso y que finalmente resolvió el dilema. En su libro, usted comienza hablando de esta persona leyendo la carta de alguien que asistió a sus conferencias ¿Le importaría que leyese ahora esa carta?

P: ¡Adelante!